

¿Dónde estaban los hombres? ¿Cómo no acudían a bendecir y adorar a su Salvador? Los Angeles continuaban glorificando con himnos y alabanzas al Dios—Niño; pero no era por ellos, sino por los hombres por quienes acababa de realizarse el gran misterio. ¡Y los hombres no llegaban!

Fué necesario que un angel les invitase a acudir al portal, convertido en cielo. No fueron invitados los grandes, los poderosos del mundo. Los primeros que adoraron al Dios-Hombre en aquella memorable noche fueron los pastores, gente humilde y sencilla. Con ellos llegó también Benjamín.

Este fidelísimo joven, después de recorrer las calles de Belén, sin poder conseguir de nadie el más humilde rincón, volvió desconsolado al lugar donde habían quedado José y María. Pero, ¡cuán grande fué su pena al notar que se habían marchado! El pobre Benjamín no sabía qué hacer, ni a dónde dirigirse.

Como yo no venía, se habrán decidido a marchar—pensaba el joven con tristeza.—¡Pobre María! ¡Cuánto sufrirá!... Quizá a Jerusalén... Pero no: a Jerusalén no puede ser. Cuando esta tarde hemos salido de la ciudad santa, eran numerosos los forasteros que recorrían las calles buscando posada... José los ha visto, y no se habrá arriesgado a un... A Hebrón tal vez... Sí; ahora recuerdo: también de esa ciudad han hablado... Se han dirigido a Hebrón... ¡Qué viaje para María!... Todavía los alcanzaré...

Y sin pensar más, el joven salió ligero, con la esperanza de encontrar en el camino de Hebrón a los santos viajeros.

Poco había andado, cuando de pronto vió iluminada por resplandor extraordinario la colina que rodeaba a Belén; sintiendo al mismo tiempo como una voz interior que le invitaba a dirigirse al monte. Obedeció; y antes de llegar, tropezó con un grupo de pastores. Después de saludarlos, les pre-

guntó con interés acerca del resplandor.

El pastor de más edad, con acento que manifestaba la emoción de que se hallaba poseído, refirió cuanto habían visto y oído.

Estábamos, dijo, cuidando el ganado estos y yo, en la segunda vigilia de la noche; y de repente vimos una gran luz en el monte, como si bajase del cielo. Las ovejas miraban fijas, pero no se movían ni se espantaban. Los corde-ritos saltaban y retozaban, como cuando acaban de mamar. Todo era en el ganado balidos y saltos, pero sin espantarse. Nosotros nos asustamos, sin saber qué sería aquello. En esto, se nos aparece el angel del Señor... Si llegas un poco antes, lo hubieras visto: ha desaparecido hace un momento... Era muy hermoso, con túnica blanca; pero al verlo nos hemos llenado de temor. Entonces él nos ha hablado con mucho cariño; y se nos ha quitado el miedo.

“No temáis, pastores, nos ha dicho. Vengo a daros una noticia de grandísimo gozo. Sabed que en esta ciudad de David acaba de nacer el Salvador de Israel, el Mesías que esperáis. Id al establo; y hallareis al Niño envuelto en pañales, y recostado en el pesebre.”

—¡Ella es!—exclamó Benjamín, al oír las últimas palabras del pastor.— ¡Ella es! ¡Pobre María! ¡Dar a luz en un establo, y su hijo en un pesebre!... ¡Ah! ingrata Belén!... Corramos, pastores... ¡Qué necesidad estará...!

Los pastores se sorprendieron al oír a Benjamín; pero éste les habló de María, contándoles todo lo sucedido desde que encontró en el camino a los santos viajeros, y el milagro que con él había obrado curándole la lepra.

Al llegar frente a la gruta, notaron con admiración que estaba iluminada.

—¡María!—gritó Benjamín sin poderse contener, y adelantándose a los pastores.

Pero de pronto sintiose dominado de

santo temor y profundo respeto; y se detuvo sin atreverse a entrar. Los pastores lo imitaron, deteniéndose también.

María les dirigió una mirada llena de ternura, y con dulcísima sonrisa los invitó a entrar.

Recogidos y devotos penetraron en el establo, y cayendo de rodillas adoraron al Niño, al Salvador de Israel, que estaba reclinado en el pesebre, conforme a la señal que les había dado el angel...

Ya amanecía cuando los pastores salieron del establo, enriquecida su alma con el don de la fe, y con todas las bendiciones del cielo.

Ellos fueron los primeros apóstoles que anunciaron en Belén el nacimiento del Mesías; maravillándose los vecinos al oírles referir los prodigios de aquella memorable noche. ¡Cuántos se arrepintieron por no haber hospedado en sus casas a los dos santos esposos!...

Cuando después del destierro de Egipto, José y María fuéronse a vivir definitivamente en Nazaret; había ya fallecido la buenísima Sara. Su esposo Samuel no tardó en seguirla, pero aún tuvo el gran consuelo de ser visitado durante su última enfermedad por los dos esposos, y por el mismo Jesús.

Benjamín quiso seguir hasta Egipto acompañando a la Sagrada Familia; pero José y María no lo consintieron, por no exponerlo a los trabajos de aquel penoso destierro. El joven se despidió de ellos, y marchó a vivir a Nazaret, entrando a servir en casa de Samuel y Sara.

Su gozo fué grande cuando vió llegar de Egipto a la Sagrada Familia, y supo que se decidían a vivir en Nazaret. El y Levi, fueron de los primeros que siguieron a Jesucristo, acompañándole durante su predicación, en los tres últimos años de su vida.

EL SOLITARIO.

AL MARGEN DE LA VIDA

CONFIDENCIAS.



ARÉCEME verte hoy, amigo mío, un poco roás animado, un poco más optimista que, cuando hace unos días, nos sentamos también aquí, a la vera de este mismo añoso árbol para embriagarnos de las dulzuras y deleites, de la tierna poesía de un melancólico atardecer de Diciembre, idéntico en un todo al de hoy. ¿No ves?...

La misma paz y la misma calma en este ambiente embriagador... el mismo mar tan sereno tranquilo como entonces, el mismo cielo tan diáfano y tan azul, las mismas doradas lejanías en el horizonte, país del ensueño, a donde ya se dispone a emigrar el sol... ¿Vienes en busca de esas

dulzuras y deleites, de esa tierna poesía de que te hablé entonces y cuyas primicias comienzas ya a gustar?...

—Quizá sí, ... Yo mismo no se por qué vengo: hay algo que, sin poderlo remediar, me atrae aquí en este melancólico atardecer: algo que no puedo explicar, pero que me hace una violencia muy suave, muy dulce, a la que no me es dado resistir. Me encuentro tan bien aquí!...

—Sí: observo con agrado que hay más serenidad en tu mirada, menos asperidad en tus palabras, un destello de bienestar en tu sonrisa, un no sé qué en tu rostro y en toda tu persona, que me hacen creer que ya te vés reconciliando algo con la vida.

¡Qué sé yo!... Tal vez tengas razón: ¡sabemos tan poco los hombres de nosotros mismos!... Hay momentos en los que me parece que las heridas del corazón están ya

cerradas, en que lo pasado se vá esfumando poco a poco en las interioridades de mi alma: y entonces creo nacer a una nueva vida y las cosas se me figuran otras y las emociones distintas de antes y miro lo que me rodea con un sentimiento de ternura como no lo he sentido hasta ahora. No obstante esto el desengaño se alza siempre como una esfinge, tenaz e irreconocible, en medio del corazón y pasados aquellos momentos sigue haciéndome sus muecos dolorosas... Y ahí seguirá siempre, sin ceder su lugar a un sano y fuerte optimismo, que me haga peregrinar con la sonrisa en los labios y la alegría en el corazón.

—Te engañas, amigo, te engañas: tu mismo lo has confesado: ¡sabemos los hombres tan poco de nosotros mismos!... Sientes todavía, como es natural, alguna que otra dentellada del pasado y a tu resentida sensibilidad se le antoja que han de ser cotidianas. Pero no lo dudes, cesarán: ¡No han de cesar!... Han comenzado a cesar ya. ¡Es lo humano! Una de tantas crisis del corazón, como ahora decimos, cuya solución se inicia ya en los momentos de tranquilidad que has comenzado a gustar. ¿La vida?... Un lago cuyas serenas aguas corta de repente un airoso bajel, produciendo en ellas una agitación más o menos intensa: a la postre cada burbuja ocupa su lugar y se restablece el equilibrio.

—¿Lo crees tu así?...

—Sí, hombre, sí: y de ello estoy convencido por experiencia propia y ajena. ¡Oh, el tiempo!... Hasta las más grandes tribulaciones se aquietan y dulcifican al través del tiempo y de la ausencia: así me lo decía nuestro amigo X... unos días antes de disponerse a partir de nuestro suelo. ¿Te acuerdas de él?... No creo te consideres más burlado que él por la vida, ni tan azotado como él por la adversidad, ni tan asaetado como él por el desengaño. Sintió todas las amarguras del desencanto y la desilusión: pisó todos los caminos del calvario: apuró las heces de todas las copas del dolor. fracasó por el abandono de unos, la guerra de otros y la apatía de los más, en cuantas empresas quiso trabajar con fe y entusiasmo, con absoluto desinterés y arrogante independencia: últimamente recibió la puñalada más cruel y brutal que se pudo dar a su corazón de artista y soñador, macerado por todos los dolores... Yá me comprendes. Pues bien: a pesar de ello, apenas han transcurrido tres meses desde el día en que lo vi marcharse mar adentro, tal vez para no volver más, abrumado por el peso de sus penas y sinsabores, y yá ha comenzado a experimentar la benéfica influencia del tiempo. Así me lo dice en carta que recibí hace unos días. Y es que, amigo mío, el tiempo, como dijo no sé quién, es mago y artista: sabe de pátinas y bálsamos, de opios, de penumbras y de olvidos. ¿Qué sería sino de la pobre humanidad?... Es, sí, mago y artista: tiene la fuerza misteriosa, el secreto poder de cubrir piadosamente con un velo de poesía espiritual todas las cosas, aun aquellas que más ayes lastimeros nos arrancaron, convirtiéndolas en puros objetos de amorosa contemplación. Hoy, un dolor cualquiera, un desengaño de tantos,

una contrariedad de las muchas de la vida nos hieren en lo mas vivo, desgarran hasta las fibras mas íntimas, arranca lágrimas a nuestros ojos... mañana se traduce en una resignada melancolía que nos hace ver todas las cosas a tono con nuestro estado de ánimo, cual si todas también lloraran con nosotros... mas tarde, sin apenas advertirlo,orean nuestra frente ráfagas de alegría y optimismo y llega un día en el que asoma a nuestros labios una sonrisa franca y jovial, el horizonte, antes con cerrazon de tormenta aparece diáfano y despejado, el porvenir se nos figura nuestro, antojánsenos sembrados de flores los senderos de la vida y hasta llegamos a evocar con cariño aquel dolor, aquel desengaño, aquella contrariedad, que horas tan amargas nos hicieran pasar antes...

—Poetizas mucho, amigo mío: hablas como lo que eres: como un diletante, o como una mariposa de la vida. Cualquiera diría al oírte que los dolores resbalan sobre el alma, como el agua sobre el cristal, sin dejar huella de su paso. El tiempo es mago y artista, sí: todo lo que quieras: pero no me negarás que jamás conseguirá hacer desaparecer del todo muchas heridas, ni menos aun hacernos evocar con cariño lo que nos hizo llorar. ¡Ni que lleváramos por corazón un pedazo de granito!...

—Puedes llamarme lo que quieras: te doy derecho a ello. Sientes todavía, como ya te he dicho antes, alguna dentellada del pasado y naturalmente duele y naturalmente también hablas conforme a ese dolor. Pero deja que pase mas tiempo y habrás entonces de darme la razón. Cierto, no te lo he de negar, que después de una grande tribulación queda siempre un confuso recuerdo, pero que nada concreta ni define: una vaga reminiscencia que reproduce las especies, pero sin contornear los detalles: algo que en ocasiones reverdece el dolor, resucita las alucinaciones y hasta provoca nuevas angustias. Mas esto solo sucede al principio. Poco a poco se va aquietando el espíritu y amoldándose a ese estado y llega al fin un momento en el que ese mismo recuerdo, que nunca se borra del todo, viene a sumarse como un nuevo factor a la experiencia que vamos adquiriendo de la vida, convirtiéndose en objeto de saludables enseñanzas y de gratas evocaciones. En esas circunstancias puede ser muy bien decir con el poeta:

Las penas son ternura,
las nostalgias del bien son poesía,
las lágrimas tranquilas son dulzura,
la soledad del alma es compañía

Así es: no te quepa la menor duda: tú mismo lo estás experimentando yá, aun cuando tu amor propio mortificado quiere objetar algo. Te lo repito: es lo humano. Y jamás debes avergonzarte de ser hombre.

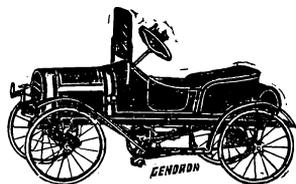
—Aun no sé si tienes razón. Solo sé que tus palabras me dejan un blando eco de música lejana, nostálgica y agradable... que este melancólico atardecer de Diciembre me hace mucho bien y me contagia de su paz y su reposo.

—Bendícelo, pues, conmigo y gozemos en silencio de sus dulzuras y deleites.

EL PEREGRINO

La Casa de Santa Claus esta inundada de los más preciosos

JUGUETES



Llene Vd. de Dicha los corazones de sus nenes llevándoles donde hallan lo que les gusta

AL PARAISO DE LOS NIÑOS

QUE ES



BAZAR

La Puerta del Sol

Y DONDE LOS PAPAS ECONOMIZAN DINERO.

ESCOLTA 49